

Reinando Ezequías hubo una época de gran actividad literaria: se le puede llamar la época clásica de la literatura hebraica. Todo su desenvolvimiento humano tiene su hora de acuerdo perfecto, en que las partes del genio nacional llegan a su mayor apogeo. La lengua hebraica alcanzó su perfección. Además de Isaías y su escuela, que poseían de manera admirable la tradición de la elocuencia antigua, muchos escritores de gran talento sostenían el idioma y le hacían producir obras maestras. Una sociedad de individuos llamados ostentosamente «los hombres de Ezequías», aparece alrededor del rey, ocupada principalmente en extractar y recopilar, aunque algunas veces fue una academia literaria, más apta para cultivar el estilo. El mismo rey se dedicaba, y con buen éxito por cierto, a la poesía lírica y parabólica.

La escritura se había extendido mucho por Judea. Las sentencias se escribían y los beneficiados por ellas se las ataban escrupulosamente al cuello. Probablemente se escribiría en el papiro preparado que se importaba de Egipto. La forma del libro o del documento más corriente era la del rollo.

Bastantes literatos del Norte se habían refugiado en Jerusalén cuando cayó el reino de Israel, llevando consigo textos de gran hermosura literaria, conocidos apenas en Judá. Se trataba de fijar toda la parte de la tradición que iba a perderse. Hemos visto el trabajo que se realizó con la Historia Sagrada. El relato unificado acababa con la supuesta conquista de Palestina por Josué, y el reparto de la tierra entre las tribus. Pero una curiosidad muy lógica hacía desear a la gente reflexiva conocer lo que pasó después. Desde la conquista de Palestina hasta el establecimiento de la monarquía había transcurrido un largo período en el que Israel no tuvo más que *sofetins* intermitentes. Era la edad heroica de la nación, el principio de la Historia propiamente dicha. El autor del *Libro de los Jueces* sacó del *Libro de las Guerras de Jehová*, noticias de gran valor so-

bre aquella época, retocando muy poco el texto, añadiéndole sólo reflexiones encaminadas a presentar las desdichas del pueblo como consecuencia de sus infidelidades.

Según nuestro punto de vista, los relatos de las guerras de Jehová llegaban hasta la elección definitiva de David para el trono de Jerusalén. Estos relatos del tiempo de Saúl y de la juventud de David formaron el fondo de los Libros llamados de Samuel, pero se unieron a ellos elementos de otra procedencia, como fragmentos del tiempo de David y páginas de poco valor, extraídas de las vidas de profetas y de escritos totalmente legendarios.

Se tenían anales serios de la época de Salomón, Roboam, Jeroboam y sus sucesores, y de dichos anales se sacó una historia de los reyes de Judá y de Israel, que se continuó y originó los *Libros de los Reyes*, que no tendrían seguramente en tiempo de Ezequías, el aspecto seco que tienen hoy. Después del cautiverio, un compendiador torpe hizo a tizeretazos el libro que hoy poseemos, extracto mezquino sacado con espíritu parcial de un gran conjunto de documentos y en el que se mezclan partes débiles con las *agadas* proféticas.

Durante el reinado de Ezequías debieron de empezarse las vidas de los profetas unidas estrechamente con la historia de los reyes. Algunos relatos sobre Elías y Eliseo poseen una grandiosidad análoga a la de las hermosas páginas del jehovahísta. Otras, en cambio, tienen detalles pueriles, exagerados, casi odiosos, introducidos en la época en que gustaba imaginarse a los profetas ofuscando a los reyes y dominándolos mediante el terror.

El trabajo de los «hombres de Ezequías» se ejercitaba en diferentes géneros. Uno de los preferidos por los pueblos semíticos es el de los *mesalim*, proverbios o máximas de giro enigmático y rebuscado, centrados, aunque procedieran de siglos distintos, en un personaje real o ficticio. Entre los hebreos este autor paremiográfico y gnómico era siempre Salomón. Así se recopiló bajo su nombre una colección de *Proverbios*.

Poseemos otro libro extraordinario que expresa también este momento único en el que a pesar de la carga de su vocación religiosa, Israel levantó al cielo una atrevida mirada. El *Libro de Job* es uno de los monumentos más asombrosos legados por el ingenio humano. Esa formidable composición, escrita seguramente por un israelita, se nos aparece en la cima de las dos pendientes del genio hebreo, la ascendente y la descendente. Trata del problema que existía en el corazón del judaísmo. Es el libro hebreo por excelencia y no es un libro exclusivamente sagrado, sino filosófico. Además de enseñar, enseña a discutir.

El israelita tenía un problema capital, el que imperando un Dios justo, el malo lograra sus deseos frecuentemente, mientras el bueno sufría desdichas inmerecidas. El contraste contra tal antinomia es la historia del judaísmo, un esfuerzo de 600 años para llegar a las soluciones que el creer en la inmortalidad del alma da a las razas arias. Los Beni-Israel sospecharon que los castigos y recompensas de ultratumba son cosa vana y hay que buscar el equilibrio de la justicia suprema en el círculo de su vida real.

El conocimiento más extendido del Universo y especialmente la cos-

tumbre de distinguir entre la razón consciente y la inconsciente han suprimido o poco menos el problema que atormentaba a aquellos sabios, dejando en su lugar una enorme herida abierta. No hubo curación sino extirpación que quizá sería mortal para la humanidad. Para el hebreo la situación no tenía salida.

El autor del *Libro de Job* no soluciona el problema, por lo cual merece disculpa. La excelencia del *Libro de Job* reside en presentar la lucha sin fin con la realidad, en un marco de admirable grandeza. Job acata la voluntad divina, pero maldiciendo la condición humana, sometida a tales pruebas.

La característica genial de tal poema es la indecisión del autor, en un asunto en el que la indecisión es la verdad. Los interlocutores prueban todas las soluciones y ninguna se adopta definitivamente.

Leyendo el *Libro de Job* se ven en mayor grado la fuerza, belleza y profundidad del genio hebreo. El *Pentauteo*, Isaías, los Salmos han ejercido mayor acción sobre el mundo. Job ha asombrado y atemorizado y la Edad Media no se atrevió a traducirlo. Si el *Cantar de los Cantares* demuestra que Israel tuvo sus días de juventud, el *Libro de Job* prueba que tuvo sus días en que pensó libremente.

El trabajo realizado en el reinado de Ezequías consistió en gran parte en salvar, después del naufragio del reino de Israel, los textos hebreos escritos en el Norte. Posiblemente el *Libro de Job* fuera uno de éstos, y la libertad de espíritu que en él se nota sea un fruto del aire libre que se respiraba en las tribus más relacionadas con la vida nómada.

Existe otra obra, cuyo origen israelita puede afirmarse más seguramente, el *Cantar de los Cantares*. En las bodas se acostumbraba a cantar y a recitar escenas de amor dialogadas, cuyo tema, variado en diferentes episodios, era siempre el mismo: una joven pastora del Norte, raptada por los proveedores del harén de Salomón, sigue fiel a su amante a pesar de las seducciones de la corte. Todas las escenas que traducían esta idea única terminaban con el mismo cuadro: la joven durmiendo en los brazos de su amante. Esto se sabía perfectamente. Como el plan de la obra era algo incoherente y a la prosodia le faltaba toda fijeza, se introducían las variaciones que se deseaban, como lo hacen actualmente los improvisadores italianos. Era de temer que se perdieran estos bocetos una vez destruido el reino de Israel, y suponemos que el *Cantar de los Cantares* fue copiado y fijado por los literatos de Ezequías.

Hubo otro género que fue, por el contrario, labor propia de Jerusalén, que empezó a desenvolverse en tiempo de Ezequías. El *sir* o cántico era tan antiguo como los pueblos semíticos, pero las remotas edades, poco místicas, desconocían los refinamientos que se podían introducir en las modulaciones del sentimiento. En tiempo de Ezequías se diversificaba el *sir* hasta lo infinito y solía ser acompañado por la música.

De este modo se creó el salmo, la creación literaria tal vez más bella y seguramente la más fecunda del reino de Israel. La plegaria antigua, acompañada de danzas y gritos para llamar la atención de Dios, se rechazaba como ridícula ingenuidad de una edad grosera. El pietismo sobrio y firme de los *anavim* demostró su elevada originalidad produciendo el himno puro de un género fríamente patriótico y solemnemente

oficial. Sacó de un ruido confuso una lira acorde que se prestaba a todas las efusiones subjetivas del alma herida por las durezas de la vida.

Con razón podría emplearse la expresión «siglo de Ezequías» para designar aquel notable conjunto literario debido al genio hebreo a fines del siglo VIII y principios del VII antes de J.C., aunque tal término daría a entender, en aquel pequeño mundo palestino, una amplitud de vida que sólo han conocido Grecia, Italia y la Europa moderna. El empleo mucho más extendido de la escritura hacía que la Siria del siglo VIII estuviera muy adelantada a la Grecia de la misma época. Pero la libertad cívica que conocieron los helenos tiene ventajas que nada puede compensar. El ingenio griego se sobrepondrá en el orden intelectual, filosófico y político, pero los problemas religiosos y sociales se sustraerán a su serenidad infantil. Isaías tremolaba la bandera de la religión del porvenir antes de que nacieran Solón y Tales de Mileto. Se desea justicia en Jerusalén cuando no se oyen ni en Atenas ni en Esparta protestas contra la esclavitud.